

Luis Merino Reyes

Muro de cal



EJOS sonaba el mar, como la eternidad frente al destino de los hombres, con su voluble coloración. Pero la realidad visible de José Fosco estaba constituida por la pequeñez de su mundo íntimo: su mujer y sus hijos. José Fosco aparecía en su casa como un insoportable perezoso que gustaba imaginar ridículos sucesos en su cuarto estrecho, rodeado de bocetos y de libros, sin más horizonte que un implacable muro de cal. A sus hijos los veía en las mañanas como dos pequeños osos disfrazados; ambos igualmente vestidos. Al sentir su voz, la niña inclinaba la cabeza en la almohada en un arranque de malicia y rubor, y el varoncito reía con su amplia risa gutural. Ambos constituían su amarra a la tierra, a sus esperanzas, sufrimientos y goces, y, aunque no los soportaba por más de un instante, le era imposible vivir sin ellos. Así le sucedió cuando se alejaron de su casa, en los meses de verano. Un sorpresivo rigor lo invadió, hasta sumergirlo en su misantropía habitual; pero, al visitarlos, lo sostenía su terquedad, algo como un deseo de economizar los afectos, y rozar apenas aquellos rostros deliciosos. Entonces creía en la capacidad de su mujer para atenderlos, en su indiscutible destino de hembra, dotada de

paciencia, de sereno e irreductible amor; después, le bastaba la distancia y suponer a su mujer liberada de su voluntariosa inspección, para dudar del porvenir.

Su suegra había muerto y restó el padre solo, rodeado de las hijas. La permanencia en ese hogar, de exclusivo carácter femenino, lo fastidiaba. Allí estaba la fuente de la abulia de su mujer y que él creyó rectificada en el curso de sus diez años de matrimonio. Aquellos temperamentos flojos, desordenados y herméticos, no carecían de cierta vitalidad propia, que afloraba en la murmuración alegre de las pequeñas cosas, en el seco y sano transcurso de sus vidas. Una vez a la semana, las visitaban sus novios y alguna de ellas lucía un desenfado impetuoso, oculto durante la ausencia del hombre, la otra se mostraba dominante y mordaz y, la más hermosa, se había formado un concepto defensivo y casto de la vida que la hacía quedarse inmóvil frente a su hombre ingenuo, prosternado como un astuto siervo. Tal era el ambiente que circundaba a José Fosco como una opresión insalvable. El tenía una manera de vivir independiente, y sólo la ternura lo ligaba a estas mujeres, que lo detestaban por sus impertinencias y por su estilo sombrío y majadero. El padre, a quien José Fosco también estimaba, era un sentimental frío que parecía fatigado de la efusión humana; caprichoso y violento como un niño, iluso en sus juicios, teatral e implacable en sus sanciones domésticas.

Sus hijas enrojecían ante su mirada, y él aparentaba conocer sus intimidades sin mencionarlas, cerrado a todo acontecimiento de calidad afectiva, nunca propicio con sus hijas, pero que con los otros, con José Fosco, por ejemplo, sabía eludir en los comienzos o desviar hacia la sintaxis de su ilusión. Con una realidad bestial, arbitraria e implacable, creyó José Fosco liberar a su mujer de estas raíces ambientales, pero su temperamento activo y reconroso se estrelló con la pasividad de la hembra viviendo impertérrita ante él, como si ocultara algo, tal vez su propio olvido, que José Fosco no se resignaba a omitir. Re-

cién casados, ella cumplió una misión cruel. Fosco era tímido; a los 12 años, su madre lo llevó al médico para que observara la aparente delicadeza de su cuerpo impúber. El médico no descubrió nada extraordinario, y aseveró que era un muchacho normal. No obstante, la forma instintivamente sabía como su madre planteó el problema, se grabó en sus recuerdos. Después, lo enardeció sin descanso la imagen de una mujer voluminosa ante cuya enorme corpulencia y grosería, él debía ser un niño frágil y sensual. Esencialmente, no fué otro el aspecto de la relación con su mujer, que oponía a su inquietud vanidosa, una fiereza tranquila, de irreductible y astuta campesina. Fué así como a su sensualidad inexperta, de hombre sin vida marital, sucedió el matrimonio. Sus angustiados primeros contactos lo liberaron lentamente y lo condujeron a un estado de salud brillante, que lo hizo convencerse de su potencia orgánica, puesta en duda por simples aspavientos. De esta nueva conducta derivaron dos factores precisos: una gratitud recóndida a su mujer, y la necesidad enfática de imponerle su fuerte norma. La ingravidez inicial de ella no quebrantó la evolución progresiva de su temperamento de hombre egoísta, siempre predisuesto al goce, a pesar de que, una vez obtenido éste o en vías de alcanzarlo, se rectificaba severamente. La necesidad de un hijo adquirió en él un carácter que agrandó su imaginación hasta extremos furibundos. ¡Vivimos una vida idiota!, decía a su mujer. ¡El matrimonio sin cría es un concubinato! Estas exclamaciones carecían de un acento sincero porque José Fosco poseía vanidad de artista, y, en consecuencia, no amaba a nadie más allá de sí mismo, y su amor propio se intensificaba si se refería a la urgencia de prevalecer en fama. La inercia física constituía, pues, un atributo dominante de su vida doméstica. Su trabajo se reducía a una activa gestión comercial, bien remunerada, que le permitía vivir con largueza, siempre distraído y ávido de dicha. Al regreso de su tarea, leía hasta experimentar la fatiga angustiosa de la lectura excesiva, que sólo

es apreciada cuando luce su fruto en un súbito pensamiento. En estas condiciones, de altiva displicencia, lo sorprendía su necesidad de expresión plástica, y pintaba jornadas enteras sin descanso, con una apasionada emoción que sus amigos consideraban, después, frialdad o virtuosismo. Su mujer, entretanto, transcurría silenciosa, con plenitud, en su vida mínima, en medio del mutismo ególatra de su dueño. Posiblemente, José Fosco la quería y odiaba; al menos estaba convencido de que ninguna otra lo habría resistido sin tragedia, y expuesto su propia vida al proceso impetuoso de su ira intelectual. En aquellas discusiones de hombres del oficio, artistas o escritores, visitantes nocturnos de su casa, ella pretendía intervenir con afirmaciones mediocres y porfiadas, que enardecían a Fosco hasta vaciarlo en insultos. La mujer replicaba solamente con miradas duras, o con la intención de lastimarlo sin alterar su pasividad. Alguno de sus amigos diagnosticaba que, a través de diez años de aprendizaje, ella podría alternar con inteligencia en sus conversaciones, y cuando José Fosco, con su habitual deslealtad, le narraba a solas este comentario, ella reía haciéndose muy digna de ser amada. Entonces, ambos reían y José se refugiaba en sus caricias como un niño regalón. La certidumbre de su hombría le daba una fortaleza invencible; ni siquiera pudo debilitarla la esterilidad de su matrimonio, ni el diagnóstico de un médico que le aseguró que carecía de poder fecundante. José poseía testimonios de la ingravidez de su mujer, y fué ésta quien supo tejer con habilidad la intriga para incluirlo en su afrentosa condición. Sin embargo, José Fosco no reaccionó negándose a examen, como lo supuso su mujer; acudió dócil a las clínicas, y no esquivó informar del secreto de su diagnóstico a quien deseó oírlo, con una volubilidad que, seguramente hizo pensar en el despego de un artista por las circunstancias habituales de la existencia. En esa época, intervino otra vez en su vida su persistente buena suerte, y la mujer mostró síntomas inequívocos de preñez, que lo rebalsaron de alegría y orgullo y lo llevaron a

comunicar su júbilo a los oídos más extraños. Los nacimientos de su hijo, primero, y de su hija después, le inmovilizaron en la intimidad hogareña, haciéndolo creer de nuevo en los vínculos sagrados de la familia y en otros tópicos siempre rechazados con rebeldía. En el cuidado de sus hijos basó sus actividades comerciales, y reguló sus goces que, apenas, significaban un recreo en la pureza de sus obligaciones. Vino a liberarse de esta modalidad con el redescubrimiento del cerco familiar, ahora ansiado con nítido pensamiento y que antes despreció. Valorizó la mezquindad y el odio, la falta de afecto, siempre escaso a su necesidad de amor dócil, la chatura en relaciones que debían ser generosas, y ese salvajismo de las familias al vivir su individualidad, y fingir una mentirosa expresión de categorías tradicionales. En este ánimo ocurrió la muerte de su mujer, víctima de una tercera preñez no llegada a término. José Fosco afrontó en la forma esperada, por quienes conocían su carácter, este suceso doloroso y pensó que su mujer se extinguía a tiempo, en el preciso instante en que se liberaba de su dominio, y asumía, con su respaldo familiar, de tenaz y monótona murmuración, una inercia desafiante, muy ardua de sacudir. La desgracia le dió la total responsabilidad doméstica y encuadró a sus hijos en normas impacientes, intencionadas en corregir los tozudos errores de la madre. Los niños eran positivamente hermosos, admirados por quienes los veían con exclamaciones que satisfacían su vanidad y lo hacían creer en su destino de perfección. Si algunos lamentaban que no tuvieran madre, José Fosco sonreía en su interior y trabajaba con más ímpetu, deseoso de sentir proyectada en la fragilidad de los infantes, su capacidad de dominio para relacionarse y obtener utilidad de los hombres. Estuvieron, tal vez, mejor vestidos, la salud les fué controlada con un afán más sensible y, aunque carecieron de la dulce voz materna, hecha para matizarse con la fruición infantil, satisficieron con más rigor los caprichos. En ese límite de condescendencia y poderío, José Fosco afrontó la fatalidad y la miseria. Su proveedor liquidó sus

contratos beneficiosos, y lo dejó ante una vasta plaza comercial con las manos vacías. Apenas logró, a fuerza de argucias, obtener una mediocre indemnización, pues el interventor del asunto era un hombre tozudo y cruel.

José Fosco apreció el comienzo de su desgracia con una excesiva confianza en sí mismo, pero la desilusión no se hizo esperar. Los factores adversos se confabularon para hacerlo comprender que el hombre constituye siempre la unidad solitaria. Los parientes cuidaban de ellos mismos, apenas dispuestos a regatear las sobras de su bienestar, y los políticos a quienes fué religiosamente solidario estaban codiciosos de otros asuntos. No le restaba más que su soledad plena y el cuidado de sus hijos. Por desgracia, no cabía aislamiento intelectual acosado por tan crueles apremios económicos, y su cariño por los hijos carecía de abnegación doméstica. Las madrigueras de pintores lo fatigaron y si ellos lo consideraban un hombre práctico, sin aptitudes artísticas, él, vengándose, los despreciaba por su inmunda vanidad. En ese instante de su existencia calzaron sus inquietudes en una idea bien definida, que significó una luz en sus tinieblas, un apoyo a su punzadora incertidumbre. Ya no cabía porvenir para sus hijos. Durante un año había golpeado muchas puertas y saboreó una torva gama de negativas. Mientras algún extranjero miserable, intrigante y torpe, intentó su explotación, sus amigos íntimos, de cierto poder, lo dejaban morir solo, víctima de su soberbia, como si estuvieran seguros de su capacidad para sobrevivir o con ese desgano que inmoviliza al hombre, asqueado de la adversidad de sus semejantes. En ese estado que alcanzaban las cosas, su idea adquiría contornos nítidos y se ampliaba hermética, como refugio, dentro de sí. Sus hijos no perdían la alegría de siempre, sus voces volaban frescas de locura, pero José Fosco veía surcar en el futuro, imágenes muy claras de hondos contrastes. El, que siempre soñó con intervenir en sus azares, debía darse por vencido. Antes, cuando su mujer salía con ellos, lo trastornaba la preocupación; no estaba tran-

quilo en ningún sitio, y buscaba la calle para esperarla en todas las direcciones que le indicaba su angustia. Ahora veía a su hermosa niña frívola y prostituída, que despreciaba su recuerdo miserable, y al niño, que llevaba su nombre, esclavizado en faenas ruines, merecidas por su incultura. Estarían tan desamparados sin su intervención poderosa. Pero la idea aclaró otra vez su horizonte y se hizo insubstituible, diáfana como sendero conocido. Ninguna de sus previsiones podía salvarlo. Su rigor intelectual había sucumbido ante la realidad de la desgracia y le presentaba la vida con un dramatismo ignorante de la molicie componedora que llevan consigo los sucesos. ¿Cómo podría abstraerse en su antigua labor de artífice si presenciaba en su delirio el naufragio futuro de sus hijos, la parte de sus afectos más amada? Perdía hasta esa aptitud de aprovechar las ocasiones, y orientarlas en su beneficio, que le dió fama de hombre cauteloso y hábil. Su última escena de calculado acento trágico, en que confesó su indigencia hasta sentir el nudo de sus lágrimas, había caído en el silencio. Pero su determinación estaba por encima de estos vulgares accidentes: ella sublimaría su conducta nunca conforme con la servidumbre quejumbrosa. Quizá si, tal como aseguraban sus amigos, era un simple hombre práctico, incapaz de sobrevivir a la adversidad del mundo real. Había castigado sus impulsos de goce con la ilusión de purificarse; pero hasta su riqueza espiritual sucumbiría en las sombras. El futuro se ofrecía a su resentida sensibilidad y a su agobiada cabeza sin escapatorias. Su maliciosa experiencia y el conocimiento que tenía de los hombres, le impedían equivocarse. Aquellos cuerpecillos rosados, de movimientos graciosos, de infatigable impertinencia y ojos puros, debían iniciar su monótono trayecto en condiciones horribles. No, a ellos no los sometería jamás a la cruda parquedad de la miseria, que su orgullo le impedía desafiar sin reservas.

Aquella mañana, tras varias noches de insomnio, se levantó decidido a ejecutar la idea que lo tenía obseso. Alzó a sus hijitos

como de costumbre de la cama, sin escatimar ni exagerar sus caricias, luego salió a disculparse con sus acreedores y volvió a la casa. Estaba convencido de que nadie descubrió nada en su apariencia y esto no le pareció extraño, porque, una vez adoptada en definitiva la resolución, él mismo observó que una grande y suprema tranquilidad se apoderaba de su espíritu. Luego convidó a sus niños a ver el mar y, además, les compró confites. Ellos estaban locos de contento; les placía jugar en el agua, chapotear. José Fosco, consciente de su fragilidad, tantas veces cuidada con apasionado celo, incapaz de ocasionarles ningún sufrimiento, se quedó mirándolos desconcertado. Los niños corrían ansiosos de meterse al agua. Como José Fosco tardara en decidirse, el chico mayor se descalzó y se aproximó a la orilla. José Fosco lo cogió de la mano y avanzó, con la más pequeña, hasta un límite temerario de profundidad. En ese rato su mirada era libre, estaba limpio de cualquier razonamiento. El agua piadosa los ha liberado, pensó vagamente, y los ha salvado de la deshonra y de toda la negra miseria del mundo. Después permaneció inmóvil, y los vió alejarse para siempre, dispuesto a seguirlos.